

Presentación

Antonio Herrera González de Molina

Universidad Pablo de Olavide

John Markoff

University of Pittsburgh

La historia de la democracia que nos habían contado está hoy en revisión. La imagen estática de una democracia entendida en términos políticos asociada a una serie de reglas y fórmulas perfectamente identificables y bien definidas ha quedado obsoleta¹. Hoy sabemos que la democracia no nació en un solo lugar desde donde, como si de una mancha de aceite se tratara, se fue extendiendo progresivamente². Hoy sabemos que la democracia no es el resultado natural de una sociedad de mercado. Sabemos también que la democracia no se impone, no se concede, más bien se conquista, se construye³. Sabemos que la democracia es cambiante y cada socie-

¹ Las definiciones de democracia son variadas y según el autor encontramos diferentes clasificaciones o tipologías. David HELD (*Models of Democracy*, 3.ª ed., Stanford, Stanford University Press, 2006), por ejemplo, señala hasta trece modelos diferentes atendiendo a cómo funciona y cómo debería funcionar la democracia. Charles TILLY [«Power and Democracy», en Stewart CLEGG y Mark HAUGAARD (eds.): *The Sage Handbook of Power*, Thousand Oaks, CA, Sage Publications, 2009] distingue cinco formas de construir una definición de democracia. David COLLIER y Steven LEVITSKY [«Democracy with Adjectives: Conceptual Innovation in Comparative Research», *World Politics*, 49 (1997), p. 431] hablan de los «cientos de subtipos» que manejan los académicos.

² Stanley MUHLBERGER y Phil PAINE: «Democracy's Place in World History», *Journal of World History*, 4 (1993), pp. 23-45, y John MARKOFF: «Where and When Was Democracy Invented?», *Comparative Studies in Society and History*, 41 (1999), pp. 660-690.

³ Geoff ELEY: *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Nueva York, Oxford University Press, 2002.

dad en cada época imagina una democracia distinta. Incluso que en función de la escala geográfica (local, nacional, regional) este concepto puede ser sensiblemente diferente. En definitiva, hoy sabemos que la democracia es siempre perfectible y en este sentido constituye un desafío constante tanto para los individuos que participan de ella, como para los que se sienten excluidos. Es un reto para los movimientos sociales que ponen continuamente en entredicho sus bondades⁴. Somos actualmente testigos y en muchos casos partícipes de este desafío que, como historiadores, nos obliga también a revisar el recorrido por el que hemos llegado al estado actual de esta fórmula de autogobierno.

Al revisar hoy la historia de la democracia despojándonos de formulaciones deterministas o unilineales que alimentaban la mecánica identificación entre modernidad y democracia, cabe preguntarse hasta qué punto debemos revisar algunas ideas que han impregnado los relatos sobre los que hemos construido la historia. En este dossier pretendemos cuestionar la asociación entre mundo rural y atraso político o, al menos, poner en evidencia la escasa validez de la idea de la apatía política asociada al mundo rural y al campesinado, generalmente identificado con acciones de protesta radical, lejanas a las formas de protesta tradicionalmente entendidas como constructoras de democracia.

Creemos que la asociación entre mundo rural y atraso político trasciende el ámbito de la historia agraria y, dada la importancia del mundo rural en la historia contemporánea de España, esta idea ha penetrado en buena parte de los debates historiográficos en torno a la evolución política del país. Durante mucho tiempo los historiado-

⁴ La interrelación entre movimientos sociales y sistemas políticos ha sido señalada como una característica recurrente de las democracias: Jack GOLDSTONE: «More Social Movements or Fewer? beyond Political Opportunity Structures to Relational Fields», *Theory and Society*, 33 (2004), pp. 333-365, y Charles TILLY y Lesley WOOD: *Social Movements, 1768-2008*, 2.ª ed., Boulder, Paradigm Publishers, 2009. Los controvertidos conceptos de *libertad* e *igualdad* frecuentemente incitan a la movilización entre aquellos que perciben que la igualdad de un sistema es inadecuada o que la libertad está siendo ahogada. Ésta es la razón por la que hace ya más de medio siglo el filósofo Walter Bryce GALLIE señaló a la democracia como uno de los primeros ejemplos de «essentially contested concepts»: «Essentially Contested Concepts», *Proceedings of the Aristotelian Society*, 105 (new series) (1956), pp. 167-192. Más referencias con relación a esta idea de la democracia como un continuo desafío para los movimientos sociales en el artículo de Antonio HERRERA, John MARKOFF e Inmaculada VILLA que abre el dossier de este número de la revista.

res españoles debatieron en torno al supuesto fracaso del proyecto modernizador señalando entre los «culpables» a una burguesía inoperante y a un proletariado escasamente preparado para llevar a cabo dicha empresa. Se hacía recaer buena parte del fracaso modernizador en la falta de una nutrida clase media capaz de llevar al país por la senda del progreso que sí habían alcanzado otros países. Frente a esta imagen nos encontrábamos una España todavía rural marcada por la existencia mayoritaria de una numerosa y analfabeta clase campesina escasamente preparada para la vida moderna.

También los debates en torno a la mayor o menor capacidad de vertebrar territorialmente a España han tenido como telón de fondo al mundo rural y a su escasa permeabilidad ante el «descenso de la política a las masas». La controversia en torno a la naturaleza misma del régimen restauracionista tuvo también como uno de sus ejes el papel desempeñado por el campesinado, del que se señalaba eran características la apatía política y la desmovilización, haciendo posible la práctica del caciquismo y el clientelismo político.

De esta forma podía parecer que el campesinado fue casi única y exclusivamente «activado» políticamente cuando el discurso de la derecha española se propuso seriamente captar a las masas ya avanzado el siglo XX, dejando hasta entonces en penumbra la política del mundo rural, tachada casi de inexistente, bien por la apatía del campesinado, bien por su actitud predominantemente revolucionaria mostrada a través de acciones de protesta calificadas, no por casualidad, como «primitivas» o antiguas.

A pesar de las investigaciones de los últimos años, esta disociación entre democracia y mundo rural sigue presente entre muchos historiadores y sobre todo en el imaginario colectivo de buena parte de la ciudadanía. Varios elementos que quisiéramos destacar a continuación han contribuido a perpetuar esta separación. En primer lugar, la perspectiva unilineal de la historia de la democracia. La idea de la democracia como la suma progresiva de derechos ha sido en parte reflejo de una lectura jerárquica del concepto de progreso social que sigue construyendo los relatos históricos en términos comparativos y que acepta la superioridad moral (y también política) del capitalismo y la modernidad industrial. Cuando esta concepción liberal de la democracia está hoy en día puesta en duda, son cada vez más las voces que buscan alternativas al concepto de democracia descendiendo de nuevo a lo local y parece también ra-

zonable descender a este ámbito en el pasado, un ámbito vinculado estrechamente con el mundo campesino cuya valoración, a la luz de las nuevas perspectivas, nos podría hacer descubrir prácticas político-sociales hasta ahora no consideradas.

En segundo lugar, una parte de la tradición francesa interesada en el papel político del campesinado también ha contribuido a alimentar esta idea de un mundo rural lejano a la construcción activa de la democracia. La historiografía francesa centrada en los procesos de politización del campesinado del siglo XIX⁵ ayudó a generalizar la idea de un proceso de democratización unidireccional otorgando un papel bastante pasivo al mundo rural. El proceso de politización se entendía como el fenómeno de descenso de la política nacional a las masas, lo que, unido a la confusión a veces establecida entre el proceso de nacionalización y el de democratización, permite entender la promoción de una idea de la democratización del mundo rural que le viene dada desde arriba. El debate entonces establecido se centraba, por tanto, en determinar en qué momento concreto el campesinado comenzaba a ser permeable a las políticas estatales dejando así poco margen a una perspectiva multidireccional y activa del proceso democratizador. Aunque este concepto de politización y su relación con el proceso de nacionalización de las masas han sido ya ampliamente matizados, para empezar por la propia historiografía francesa, su influencia en las concepciones teóricas sobre la democratización del campesinado en ocasiones parece seguir estando presente⁶.

En tercer lugar, buena parte de la literatura en torno al campesinado ha mostrado una visión del mismo como sujeto avocado al radicalismo, entendiendo que ha sido un actor que utiliza discursos, estrategias y repertorios «antiguos», alejados de fórmulas modernas y democráticas de lucha. Conectando con trabajos de reconocidos especialistas como Eric Hobsbawm o el primer Charles Tilly, algu-

⁵ Maurice AGULHON: *La République au village. Les populations du Var de la Révolution á la Seconde République*, París, Plon, 1970, y Eugene WEBER: *Peasants into Frenchmen: the modernization of rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 2007 [1976].

⁶ Una completa revisión crítica del impacto de las ideas de Weber en las diferentes historiografías europeas en Miguel CABO y Fernando MOLINA: «The long and winding road of nationalization: Eugene Weber's Peasant into frenchmen in Modern European history (1976-2006)», *European History Quarterly*, 39-2 (2009), pp. 264-286.

nas de estas ideas tuvieron también su correlato en la historiografía española, donde se asumió que el caso español resultaba paradigmático en este sentido. La imagen de un campesinado irredento en busca de justicia social por la vía revolucionaria pareció ser la más destacada, hegemónica y, en ocasiones, única fórmula de expresión de la protesta en la España rural contemporánea. La lectura de los intelectuales regeneracionistas españoles que buscaban en la agricultura los grandes males de la patria relegó, así, al campesinado a un segundo plano en el camino hacia la democracia y esta idea ha permanecido con variantes hasta la actualidad⁷.

Sin embargo, en los últimos años se han abierto nuevas perspectivas de análisis que parecen apuntar en otra dirección y hacen volver al campesinado a la escena política en la historia. La ampliación del propio concepto de política que han relanzado los estudios sobre las «culturas políticas», permite analizar acciones, discursos y colectivos nuevos que han desempeñado un papel relevante en la construcción de valores o dinámicas de carácter democráticos o democratizadores. Esto ha permitido generalizar un concepto amplio y sustantivo de política que no se circunscribe al ejercicio del poder mediante las instituciones oficialmente reconocidas. Sin duda también ha contribuido a esta empresa el llamado giro local, es decir, la revalorización del análisis histórico a escala municipal que ha superado con creces la mera crónica con la que durante largo tiempo se asoció. De la misma forma, la revisión del propio concepto de democracia, entendido ahora como un proceso cambiante en cuya construcción los movimientos sociales son parte activa, obliga a volver la vista atrás enfocando la mirada hacia actores sociales antes marginados.

Los historiadores españoles no han permanecido al margen de esta renovación y en los últimos años se han publicado algunos trabajos que ponen de manifiesto la necesidad de redefinir el papel que la historiografía tradicional ha dado al mundo rural en la historia política. Con este dossier queremos ayudar a articular los es-

⁷ Pedro RUIZ: «La historiografía de la cuestión agraria en España», en VVAA: *Josep Fontana: Historia y Proyecto Social*, Barcelona, Crítica-UPF, 2004, pp. 149-238, y Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA: «Algunas reflexiones sobre el mundo rural y los movimientos campesinos en la historia contemporánea española», en José María ORTIZ *et al.* (coords.): *Movimientos Sociales en la España Contemporánea*, Madrid, Abada, 2008, pp. 97-126.

fuerzos que en este sentido han realizado y están realizando algunos historiadores españoles empeñados en volver a mirar al sector mayoritario de la población en la historia contemporánea. El mundo rural ya no se circunscribe al campesinado entendido como los trabajadores de la tierra, sino que hace referencia a un ámbito de análisis más amplio que requiere una revisión desde la historia política y social. Debemos advertir, por tanto, que, a pesar de hablar de democratización, en este número no nos referimos al periodo de transición democrática tras la dictadura franquista. En coherencia con el planteamiento teórico aquí defendido, tratamos de analizar los procesos de democratización del mundo rural tras conscientes de que éstos pueden producirse bajo sistemas políticos formalmente no democráticos. Por este motivo, los cuatro artículos que componen este dossier están dedicados fundamentalmente al periodo de la Restauración Borbónica, aunque algunas de sus conclusiones, hipótesis y planteamientos teóricos trascienden este marco cronológico.

Se trata de un intento de poner de nuevo sobre la mesa algunos de los debates tradicionalmente planteados por los historiadores españoles, pero teniendo en cuenta las últimas investigaciones en torno al mundo rural, lo que podría llevar a un replanteamiento de algunos de dichos debates treinta o cuarenta años después de haberse planteado. Por este motivo, algunos de los artículos presentan una importante carga teórica.

El dossier comienza con un artículo de Antonio Herrera, John Markoff e Inmaculada Villa que pretende servir de marco interpretativo para el resto de trabajos. En él se propone una revalorización del proceso de democratización en el mundo rural conectando el caso de España con otras «historias secretas de la democracia» que tratan de poner en entredicho la historia tradicional de este sistema político. Para ello realizan una propuesta interpretativa que, descendiendo al ámbito local, permite rastrear acciones sociales que podrían ser consideradas democratizadoras. De esta manera ponen de manifiesto el activo papel político que los «campesinos» tuvieron en la España de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Miguel Cabo y Antonio Míguez, inciden en esta idea y muestran claramente la dinamización social y política habida en el mundo rural gallego de ese mismo periodo a pesar del contexto caciquil imperante. Ponen de relieve la necesidad de atender a una perspectiva bidireccional, en la que la población rural no

actúa como un mero sujeto pasivo de los cambios sociopolíticos, sino que presiona y modela dichos cambios. El trabajo de Manuel González de Molina, Salvador Cruz y Francisco Acosta muestra los principales resultados de una investigación sobre el socialismo como agente democratizador en el mundo rural durante los años de la Restauración, poniendo en duda algunos de los tópicos más generalizados sobre esta cuestión. Siendo conscientes de las diferencias existentes entre la escala nacional y local, rompen con la idea del socialismo como opción alejada del mundo rural y destacan la lectura política que imprimieron a la lucha anticaciquil en el campo. Por último, Carlos Gil Andrés parte de un hecho concreto ocurrido en una pequeña localidad en La Rioja para mostrar cómo la reconstrucción de la vida cotidiana en los convulsos años treinta desmiente claramente el tópico de la desmovilización y la apatía política en los ámbitos rurales y no sólo para esos años, sino también en las décadas anteriores. La disputa política, el conflicto, la negociación, la disuasión, la conciencia democrática y la dinamización sociopolítica no son elementos exclusivos del mundo urbano y «moderno», como muestra Carlos Gil. Están muy presentes en la vida cotidiana de los pueblos.

Esto último, en definitiva, es lo que todos los autores de este dossier muestran en cada una de sus aportaciones. Los elementos que hoy asociamos a la construcción histórica de la democracia también estuvieron presentes en el mundo rural. Y éstos son sólo algunos de los ejemplos de los cada vez más numerosos trabajos que ponen de manifiesto la importancia de reconsiderar el papel político activo del campesinado en la historia contemporánea de España. Sabemos que muchos otros colegas podrían haber colaborado en este dossier y esperamos que se vean reflejados de una u otra manera, no sólo en las referencias bibliográficas utilizadas, sino en algunas de las reflexiones vertidas en estas páginas. Ahora corresponde al lector valorar las consecuencias que para su investigación tiene el papel que aquí otorgamos al mundo rural y a una población rural que, conviene de nuevo recordar, era abrumadoramente mayoritaria en la España contemporánea al menos hasta bien entrada la segunda mitad del siglo xx.